

IVONNE FERNÁNDEZ



EX

endira

**¡Gracias por empezar a leer las  
primeras páginas de este título!  
Te doy un trato preferente porque lo  
mereces, disfruta de esta lectura y no  
te pierdas la oportunidad de tener este  
gran libro en tus manos.**

**Saludos,  
Editorial Endira**

# Índice

Dedicatoria.....	11
Prólogo.....	13
Prefacio.....	15
Capítulo 1.....	17
Capítulo 2.....	25
Capítulo 3.....	37
Capítulo 4.....	49
Capítulo 5.....	55
Capítulo 6.....	71
Capítulo 7.....	77
Capítulo 8.....	87
Capítulo 9.....	95
Capítulo 10.....	103
Capítulo 11.....	109
Capítulo 12.....	115
Capítulo 13.....	125
Epílogo.....	129
Agradecimientos.....	133

# Capítulo 1

Nuestra primera clase juntos. Lo primero que vi fueron tus ojos enormes. Verdes. Un verde que nunca había visto; en ese momento supe que, tal vez algún día, podría enamorarme de ellos. No eres muy alto y eres un poco llenito y tus lentes impedían ver parte de tu cara. Siempre los usabas, todavía recuerdo la primera vez que te vi sin ellos, pero falta mucho para llegar a eso.

Mi decisión de estudiar Comunicación surgió después de pasar años dedicándome al teatro musical y de haber comenzado a estudiar Artes Escénicas en la Universidad de la ciudad sin mucho éxito, ya que al ser una institución de gobierno y gratuita, muchos maestros se tomaban la libertad de no asistir a algunas de sus clases. A dos, tres... diez clases por semestre. Y no quería perder mi tiempo.

Así que ahí estábamos. Juntos en una clase de Imagen Pública impartida por un excelente maestro, Heriberto Román, quien siempre tenía una manera maravillosa y sutil para responder un saludo, declinar alguna invitación e incluso, vilipendiar a una persona sin que se diera siquiera por aludida. Aprendí mucho de él.

Así que escogí algo que pudiera complementar mi amor por los escenarios y, al ver el programa de estudios de esta nueva Universidad, supe que era ahí donde quería estar:

—Nos falta una persona, ¿le decimos a él?

—Sí, dile. Está bien, mientras trabaje no importa.

Así es Lili. Así ha sido siempre. Sociable, abierta, incluyente, responsable, buena amiga.

—¿Cómo se llama?

—Eduardo, creo.

–Ok. ¿Eduardo? ¿Tienes equipo ya? ¿O quieres estar en el nuestro?

–Sabes cómo me llamo.

–Emm... Sí. ¿Entonces?

–Sí, está bien. Puedo estar en su equipo, gracias.

Y esa fue la primera vez que hablamos. Hace seis años aproximadamente. Recuerdo que teníamos que hacer un cambio de imagen y documentar las fases del proceso. Días después ya teníamos a la persona que nos iba a apoyar.

–Tenemos que ir a la estética donde le van a pintar el cabello a Laura. Está como a quince minutos de aquí, ¿cómo nos vamos?

–Yo pongo mi carro, vamos y luego las regreso a la Universidad.

–Ok, gracias.

Y me paré a un lado de tu carro. En el lado del copiloto, por supuesto. Era un viernes. Te acercaste, abriste la puerta para que pudiera subirme y me diste la mano. Debo confesar que me sorprendió. Hoy en día es difícil encontrar caballeros. ¡Quién iba a decir que esa caballerosidad tan tuya me haría caer más adelante! Caer. Sí, así como tonta.

–Gracias, ¡qué atento!

–Sí, yo... soy así, me gusta... ser caballeroso con las mujeres.

A veces no eres muy articulado.

–¡Qué bueno! ¿Tomas café? Deberíamos ir un día por uno. Conozco un lugar.

–Tengo novia.

–Ok... No era una propuesta indecorosa.

Y ahí terminó la conversación. Acto seguido, te sonrojaste. No dije nada más, pero por el retrovisor descubrí a Lili viéndome fijamente y diciéndome con

la mirada la frase que hasta la fecha utiliza cada vez que hablo con ella de alguien: "Donde pones el ojo, pones la bala".

A esas alturas, Lili y yo ya nos entendíamos a la perfección sin hablar. Algunos días en el desayuno podíamos tener largas conversaciones con prácticamente señas y miradas, sin usar una palabra. Debo aceptar que para algunas personas era algo cansado, fastidioso tal vez, pero para nosotras era, o es aún, algo muy útil.

El resto del día nuestra conversación fue trivial. Terminamos el trabajo, nos llevaste de regreso y cada quien se fue a su casa. El día en la Universidad había terminado.

El lunes siguiente, aún desconozco por qué, te sentaste a desayunar con nosotras (¿pero no tenías novia?) en ese lugar donde solíamos pasar cada receso; era pequeño pero acogedor, tenía apenas dos o tres mesas, la comida era muy rica y, lo más importante cuando eres estudiante, era barato.

Creo que ese fue el momento en que realmente empezamos a convivir. Tuvimos largas conversaciones acerca de la vida, el trabajo, el dinero y, sobre todo, de las relaciones. Siempre hablábamos de las relaciones. Ahí descubrí que habías tenido una novia con la que durado varios años y de la que te enamoraste mucho. Durante los treinta minutos que duraba el receso hablábamos, nos reíamos, y recuerdo que tu celular tenía unos juegos muy divertidos de bloques y cosas por el estilo. En ese momento los celulares todavía eran una novedad. Un día nos comentaste lo mal que estaban las cosas en tu relación y que pensabas terminarla. Y empezaste a coquetearme. Lo sabes. Tal vez fue mutuo. No sé exactamente cómo, pero hubo un

par de miradas, comentarios, tu mano en mi espalda para darme el paso, intercambio de teléfonos. Hasta que un día me hiciste enojar.

Fue una tontería si así quieres verlo, pero no podía creer que alguien hiciera esas preguntas.

Llevábamos ya varios trabajos con el mismo equipo y nos acercábamos al final del cuatrimestre; el maestro nos pidió entregar un trabajo final con determinadas características: a computadora, interlineado 1.5, letra Arial 12, esas cosas. Recuerdo que en ese momento trabajabas en una reconocida empresa de cultura de la ciudad, por lo que siempre «estabas ocupado»; tenías que asistir a eventos, conciertos, reuniones de trabajo, y nos pediste que fuéramos considerados contigo por ese motivo. Todos estuvieron de acuerdo. Yo también pasé mi tiempo de universitaria corriendo de un lado a otro, como me gusta hacer usualmente. Estaba en una obra de teatro y tomaba clases de baile, ensayaba e incluso tuve que irme de gira por dos meses. Los maestros y compañeros de mi clase fueron muy comprensivos con mi situación, por lo que no me molestaba en absoluto apoyarte con ese trabajo final. Lo único que tenías que hacer, era comprar y llevar un par de carpetas para presentarlo. Y ahí empezó.

—¿Mariana?

—Sí

—Hola, soy Eduardo.

—¡Ah! Hola, Eduardo. Dime.

—¿Estás ocupada?

—Estoy en ensayo, pero dime.

—Es que... este... emm... no entendí bien lo que tengo que comprar.

—Son dos carpetas blancas de aros.



—¿Carpetas de aros? ¿Cómo es eso?

—Sí, las carpetas grandes, duras, que tienen tres aros para poner las hojas perforadas.

—¿Que tienen tres aros dónde?

—Adentro.

—¿Adentro de la carpeta?

—Sí. Donde pones las hojas perforadas. Unos aros que se abren y se cierran.

—Es que no entiendo.

—¡Dios! ¡Solo pídelas así! Solo dile a quien te atiende: «¿Me puedes dar por favor dos carpetas blancas de aros?»

—Nunca he visto carpetas blancas.

—¡Pero esas son blancas! ¡Solo pídelas así! Me tengo que ir:

—¿Y cómo voy a saber si son las que necesitamos? ¡Son para mañana!

—Por favor, Eduardo, solo pídelas así y llévate las que te den.

—Ok. ok, ¿y dónde las compro?

—En cualquier papelería. Me tengo que ir, me están llamando.

—Ok, yo las llevo mañana.

—Gracias, bye.

—Bye.

No puedo negar que acto seguido le marqué a Lilia para contarle y nos reímos un poco de ti. Bueno, no de ti, de la situación. Seguramente estabas ocupado y no sabías bien lo que estabas diciendo, te justifiqué. Al final encontraste las carpetas, las benditas carpetas blancas, y pudimos entregar nuestro trabajo. Mientras tanto seguíamos desayunando juntos, Lili, tú y yo.

Pasaron meses así. Comencé el último cuatrimes-

tre de la carrera dirigiendo un musical, mismo al que te invité tantas veces y no fuiste. Pretextos laborales... perdón, "compromisos laborales" como siempre.

# Capítulo 2

Faltaba poco para que termináramos la carrera –al menos Liliana y yo, porque tú siempre ibas un cuatrimestre atrás, un problema con la materia de idiomas– y yo comencé a trabajar en un bar que también era karaoke, donde estuve aproximadamente seis meses. Entonces las cosas se pusieron interesantes.

–Hey, fíjate que estoy trabajando en un bar. Es un karaoke. Por si quieres ir un día con tus amigos.

–Sí, claro. ¿En dónde?

–Por López Mateos.

–¿Y trabajas todos los días?

–No, de miércoles a sábado. Empezamos a las diez.

–Perfecto, me voy a dar una vuelta.

–¿En serio? ¿O es como cuando dijiste que ibas a ver mi musical?

–No, esta vez es en serio.

Y sonreíste. Para ese entonces ya no tenías novia y teníamos cada vez más contacto. Pensé que siempre tendrías el pretexto de tu trabajo, pero esa vez fue diferente. En esa ocasión era cierto que irías a visitarme.

Un jueves –lo tengo muy presente porque eran los días en que había menos gente en el bar– llegaste con un amigo tuyo y se sentaron en la parte de atrás. Te veías muy bien, quizá por ser la primera vez que te veía de camisa.

–No se queden atrás, hay muchas mesas adelante.

–Pero es que nosotros no queremos cantar.

–No tienen que cantar, pero piensen que tienen el bar para ustedes solos.

–Eso sí.

No me costó mucho trabajo convencerte. Unos cuantos tragos (¿o muchos?) después ya no soltabas el micrófono. Estabas emocionado cantando canciones

de José José. Para ser sinceros, el canto nunca ha sido tu fuerte, pero te veías muy divertido. Yo estaba segura de que seguías extrañando a tu exnovia, ella era la razón de tantas canciones de despecho. Claro que si te hubiera conocido como lo hago ahora sabría que era a otra persona, totalmente distinta a tu última novia, a quien extrañabas todos los días. Y todas las noches. Denisse.

Ese día tu amigo tuvo que llevarte prácticamente cargando a tu carro. Me acerqué a él y le pregunté si podía manejar tu carro y me aseguró que sí; creo haberte mandado un mensaje más tarde para preguntarte si habías llegado bien.

Al día siguiente, por supuesto, estabas completamente apenado.

—Discúlpame, nunca había tomado así. Yo no soy así normalmente, pero no me sentía muy bien.

—Tranquilo, no tienes por qué explicarme.

—No, es que de verdad... ¡qué pena! No volverá a pasar:

—No te preocupes.

—¿Trabajas hoy también?

—Sí.

—¿Puedo ir?

—Pues... sí. El bar es un lugar libre.

—Ok. Gracias por la sutil manera de decir que no te importa.

—No dije eso.

—Tampoco dijiste lo contrario.

—Eduardo...

—Ok, ok, lo dejamos por la paz. Te veo ahí al ratito.

¿Me vas a dedicar una canción?

—Pues voy a cantar, sí.

—Ok... Bueno, ahí nos vemos.

Y en efecto, ahí estabas. Muy puntual a las diez de la noche sentado en una de las mesas más cercanas con algunos de tus amigos.

En ese entonces yo iba siempre muy arreglada, en parte por mi trabajo y, debo confesar, en parte por uno de los cantantes que trabajaban ahí y que me parecía guapísimo.

Después de todo, él y yo nos hicimos muy buenos amigos. Aunque tuvimos un inicio muy gracioso.

La primera noche que entré al bar (después de prácticamente haber creado la vacante, ya que en ese momento no buscaban a nadie; sin embargo, el gerente me vio tan decidida cuando fui a buscarlo, entregarle mi currículum y sentarlo para que me escuchara cantar, que no le dejé mucha opción y me dijo que podía presentarme el miércoles siguiente) lo vi: estaba platicando con una de las meseras del lugar; obviamente se derretía por él. Lo saludé con la mano. A lo largo de la noche fueron llegando más y más mujeres que querían una foto con él, le pedían canciones y le gritaban piropos, y él parecía encantado. O al menos eso pensé en aquel momento. A eso de la medianoche, mientras yo esperaba en uno de los bancos de la entrada a que terminara el show de un comediante que se presentaba ahí ocasionalmente, él llegó y se sentó al lado mío.

—Hola, soy Bruno.

—Hola, soy Mariana.

—Mariana, ¿y cómo te sientes en tu primer día aquí? Porque si quieres puedo darte algunos consejos. No sé...

—Ok, mira. Vamos dejando algo en claro si vamos a estar trabajando juntos mucho tiempo. Conmigo no va a funcionar, ¿sí? No trates de seducirme.

Al día de hoy, cada vez que recuerdo eso, muero de risa. Y él también. Pero en ese momento su cara fue de sorpresa total; murmuró algo como “no intentaba seducirte”, se levantó y se fue.

Era mentira.

La verdad es que igual me parecía guapísimo.

–Te ves muy bien.

–Gracias. ¿Y? ¿Quién es la susodicha que te tiene tan deprimido al punto de alcoholizarte así?

–Pues ya sabes. Mi exnovia. Miriam.

–Oh... Miriam.

Y justo en el momento en que estaba a punto de sentarme en tu mesa me llamaron para trabajar. Para cantar. Realmente nunca fue un trabajo para mí, me divertía bastante. En realidad, creo que ha sido –hasta la fecha– el mejor trabajo de mi vida. Cantaba cuatro días a la semana, a veces en el karaoke, a veces con un grupo, instaba a la gente a cantar también, les aplaudía, hacía fiesta. Podía invitar a mis amigos e incluso darles algunos tragos gratis. De diez de la noche a tres o cuatro de la mañana con periodos de comediantes en los que podía sentarme y descansar o simplemente pasar el tiempo con mis compañeros. Era perfecto.

–Bueno, tengo que empezar, pero te aseguro que encontrarás a alguien más, no te preocupes.

Ese día pasó sin mayor trascendencia. Terminé de trabajar y ahí estabas tú, sentado todavía esperando a que saliera.

–¿Te llevo a tu casa?

–Gracias, traigo mi carro.

–Bueno, no importa. Te sigo en el mío. Quiero asegurar que llegues bien, ya es tarde.

–Ok... Bueno, pues gracias.

Y así fue. Me acompañaste hasta mi casa en tu carro y en cuanto viste que la puerta de mi cochera se cerraba, te fuiste.

Al día siguiente en la escuela nos reunimos otra vez para desayunar.

—Ayer fui a una fiesta.

—¿Y qué tal?

—Estuvo bien, hasta que decidió aparecer el ex-novio de una de mis amigas.

Tus amigas. No, espera, “tus amigas”. Años después iba a enterarme de lo que realmente querían decir esas dos palabras.

—¿Por qué? ¿Qué pasó?

Una cualidad de Lili es que siempre es magnífica escuchando y, ese día, tenías toda su atención.

—Lo que pasa es que mi amiga Lorena terminó con su novio y me invitó a esta fiesta, éramos varios amigos y estábamos en una casa, con unos vinos y música. En eso su ex le empezó a llamar y le dijo que quería hablar con ella, que iba para allá. A mí se me hizo raro, pero ella dijo que estaba bien y se salió de la casa para platicar con él. Al poco rato decidí salir para ver si todo estaba bien y me di cuenta de que él estaba hablándole muy mal, casi gritándole. Entonces me acerqué y le pedí que dejara de hacerlo. Como es obvio, me dijo que no era mi asunto y las cosas empezaron a prenderse un poco. No llegamos a los golpes obviamente, no me gusta ser ese tipo de hombre (no pude evitar pensar en lo gracioso que sería verte pelear con alguien; no me malinterpretas, no parecías muy bueno en el tema), así que mejor le dije a mi amiga que nos fuéramos. Nos subimos al carro y la llevé a su casa.

—¿Qué bueno que hiciste eso! Seguramente tu



amiga te lo agradeció mucho.

—Sí, al final sí me dio las gracias.

Debo confesar que yo escuchaba tu conversación atentamente. Estaba muy entretenida con uno de los juegos en tu celular, pero siempre me ha gustado hacer varias cosas a la vez. Realmente no sé por qué surgió esa costumbre de jugar con tu celular pero me era normal tomarlo y desbloquearlo. A ti no parecía molestarte. Al menos no en ese momento.

—Bueno, ya tenemos que regresar a clase.

—¿De verdad? Muero de sueño, no puedo creer que los treinta minutos de receso se fueran tan rápido.

—¿Creen que falte el maestro de Semiótica?

—Pues si falta, siempre tenemos la posibilidad de irnos a dormir a tu camioneta, ¿no, Mariana?

Era un gusto que desarrollamos Lili y yo en la Universidad y años después nos sirvió cuando empezamos a trabajar juntas en un horario nada convencional.

—Sí. Crucen los dedos y esperemos que hoy no venga a clase.

—Ahora entiendo. Entonces ahí es donde están cuando nadie las encuentra.

—Así es. No sabes lo cómodo que es. Cuando tienes horas libres entre clases o falta algún maestro, es una muy buena opción.

—¿Y para faltar a clase?

—La verdad no, nunca nos ha gustado faltar a clases.

Y era cierto. Podría decir que éramos de los mejores promedios en la carrera, todo con tal de no presentar una tesis ni hacer el extenso examen CE-NEVAL para el que muchos tenían que estudiar por días.

Pero a nadie le molestaba que el maestro faltara

a una clase, especialmente si era uno de esos días en que el sueño amenazaba con no alejarse. Y ese fue uno de ellos. Tal y como habíamos deseado, el maestro de Semiótica llamó para avisar que no podría asistir ese día. Teníamos, en teoría, dos horas libres hasta la siguiente clase.

—¿Y qué van a hacer? ¿Se van a ir a dormir a tu camioneta?

—Sí, probablemente. ¿Gustas?

Fue más una pregunta por educación que una invitación. Pero tú no lo viste así.

—Sí, claro. Vamos.

Y en realidad no fue tan incómodo. La camioneta era amplia, así que tú te recostaste en el asiento trasero mientras Lili y yo inclinamos los asientos delanteros. Bajamos las ventanas, pusimos el radio con música suave y nos quedamos dormidos. Debimos haber estado muy cómodos porque cuando despertamos faltaban cinco minutos para la clase. Agarramos nuestras cosas, cerramos el carro y nos fuimos corriendo al salón. Tú tenías que irte a alguno de tus compromisos así que te quedaste en el estacionamiento para buscar tu carro.

—Oye, ¿te veo en la noche?

—Sí, si quieres.

—Muy bien, ahí te veo.

Esta vez fuiste solo.

—¿Y tus amigos?

—No pudieron venir hoy.

—Oh. Oye, no quiero que te sientas comprometido a venir todos los días, yo trabajo aquí pero tú no tienes por qué venir todo el tiempo si no quieres.

—Quiero venir. Empieza a gustarme el lugar y, además, ya soy amigo del capitán de meseros.

Era el momento de preguntarlo. No estaba segura de lo que ibas a contestar pero tenía que arriesgarme. Me senté en la silla frente a ti y te miré a los ojos. Tardaste dos segundos en voltear la mirada y te sonrojaste.

—¿Por qué te me quedas viendo? Me da pena. No me veas.

**¿Quieres continuar leyendo este libro?**

# ADQUIÉRELO



Dale clic aquí

Envío GRATIS a toda  
la República Mexicana

Si lo tuyo es la experiencia  
en librerías, encuéntralo en:

**gandhi.**  
libros-música-video-café

LIBRERÍAS  
**EL SÓTANO**  
SERVICIO AL PIE DE LA LETRA

¿Tienes alguna duda?

**CONTÁCTANOS**

[lectores@endira.com.mx](mailto:lectores@endira.com.mx)



EditorialEndiraMX